



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12084

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 6 DE MARZO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París; A. Lorette rue Cassanin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmarbre, 31.

A decidirse

Nuestros lectores conocen ya la
decisión de los lorquinos respecto
á procesiones; cansados de quedar-
se en casa, las echán este año con
todo el lujo que las hizo célebres.

Porque tienen fama y el ir á ver-
las está al alcance de todas las for-
tunas, los anuncios de las cofradías
á cuyo cargo corre el celebrarla-
son esperados con cierta impa-
ciencia; y no hay que decir que ésta
ha sabido de punto este año, des-
pués de saberse que aquí no las ha-
bra porque no hay quien ayude a
hacerlas salir.

Combinado con el de fiestas re-
ligiosas lorquinas, ofrece Murcia
un programa de festejos profanos
que han logrado también justa fa-
ma dentro de la provincia y fuera
de ella. El Entierro de la Sardiná
que ha merecido un tren propio que
ya no se saca porque sobran viaje-
ros; la Batalla de flores con sus
misteriosos; la fiesta nacional
que atraerá siempre numerosos to-
risteros, en tanto en el cartel figu-
ren gándorras de punta y espadas
de primera.

Valiente porvenir ofrece á Car-
tagena la Semana Santa! El silen-
cio que se hace en esos días más
pávido, la soledad que aviva el de-
seo de ir en busca de la animación;
y como resultado, una desbandada
general hacia las poblaciones en
que se escucha ruido porque se
junta gente.

Lo hemos dicho en otras ocasio-
nes y hoy lo repetimos: Si llega un
año en que californios y marrajos
se cansen de verse desairados por
los obligados a prestarles ayuda y

coincide con el acuerdo negativo
para la celebración de procesiones
otro acuerdo contrario adoptado
por las cofradías lorquinas, se verá
la importancia que tiene para Car-
tagena las fiestas religiosas que se
celebran en la vía pública la Se-
mana Santa

Al decir Cartagena no nos refe-
rimos a la población. Esta no gana
nada en general. Nos referimos
á los comerciantes, á los industria-
les, á todos los que venden y cons-
truyen algo que puede ser objeto
de demanda durante dichas fies-
tas.

Y el caso va á darse. Los califor-
nios han tomado el acuerdo de
quedarse en casa. Los marrajos no
han desistido de hacer la del en-
tiarro, la última de las tres que se
celebran; pero no hay que pensar
en que una sola procesion atraiga
forasteros, ni vete que se marchen
fuera, lo que ya han decidido pre-
senciar las de fuerza.

De aquí á que se celebren habrá
gran propaganda. Los decididos á
hacer el viaje influirán sobre los
más reacios y al fin y a la postre,
a mediados de Semana Santa nos
encontraremos solos ó seguiremos el
ejemplo que nos dan los demás, es
decir, la procesion de la Cruz para ver
las procesiones que han de hacer-
se en la ciudad del Sol.

A los que venden se les presenta
un mal negocio; pero pueden mo-
dificarlo convirtiéndolo en bueno.
Ellos decidirán.

Porque después de todo no va-
mos á ser mas papistas que el Papa.

Escrito ya lo que antecede, lle-
gan a nosotros rumores afirmando
que el espíritu procesionista reac-
ciona.

Si es cierto hay que ayudarle

evitando que esa reacción nacien-
te desaparezca como fuego fatuo.

Haganlo por su bien los que con
las fiestas populares se lucran,
pues de lo contrario ellos y sólo
ellos serán los perdidosos.

TIJERETAZOS

Entre el Lorronez de ahora y el Lorronez
de hace un año encuentra «El Socialista»
grandes diferencias.

Y dice:
«¡Vaya! A D. Alejandro le han «corrom-
pido las oraciones» la tribuna parlamen-
taria.

«Este no es mi don Juan, que me lo han
cambiado.»

«Si eso no es dar con la puerta en las nar-
rices, no sabemos que es.»

Hablando de la marejada que va levanta-
ndo el proyecto de circulación fiduciaria,
dice hoy un periódico.

«El Sr. Urriza ha elegido la gran ocasión
para una de sus hombradas.»

En el primer consejo exigirá, según se
dice, que se haga cuestión de gabinete el
rechazar la enmienda al proyecto fiduciar-
io, suscrita por los notables de la mayo-
ría.»

En ese asunto todo va á ser notable. La
enmienda, las firmas y la caída del minis-
terio.

«Procuro éste que resulte airosa y podrá
decir la frase de Francisco I.

El político francés que ha ganado el pre-
mio Nobel es un propagandista de la paz.

Y explicando á un redactor de un peri-
ódico sus campañas en pró de tan digno ob-
jetivo, ha dicho esta verdad que por nadie
será contradicha:

«En 1856, con motivo de las fundacio-
nes del Loira, publiqué un artículo titulado
«Males naturales y artificiales», en el que
hacia resaltar la estupidez de los hombres
dejándose arrebatar ó inflamar por una
comunicación universal con ocasión de de-
sastrosos hechos que hacen desaparecer algunas do-
ceñas ó centenares de existencias humanas
y destruyen algunas docenas ó centenares

de millones, mientras que el resto del año
se dedican á preparar destrucciones cien
veces peores, de que se vanaglorian como
de la más heroica hazaña cuando llegan á
triunfar.»

De mano maestra.

Hay quien se desmaya al ver á un hom-
bre atropellado por un coche y se siente
lleno de alegría entusiasta leyendo relatos
de acciones guerreras en las que mueren
los hombres á cientos destrozados por la
metralleta.

La guerra del Transvaal nos ofrece un
ejemplo.

«Quién duda de los buenos sentimientos
de la sociedad inglesa?

En embargo, ésta es la constatación
con sus horrores y la guerra terrible que se
hacen boera y británicos.

Y ahí están también las alegrías que
sienten los extraños á la traza cada vez
que los ingleses experimentan una carni-
coria.

«¿Cómo si no fueran hombres los ingle-
ses!»

Estúpido, soberbiamente estúpido.

COMUNICADO

Sr. Dr. de EL ECO DE CARTAGENA:

Mi querido amigo: Publica el periódico
que usted tan dignamente dirige un suelto
tan laudatorio para el autor de unos arti-
culos que en las columnas de aquí han
visto la luz, que juro á usted bajo mi hon-
rada palabra, que al leerlo la vez que me
produzca honda satisfacción, el rubor aso-
maba á mi rostro por el inmerecido honor
y elogio á mis desatinados artículos.

«¿Desean saber quién soy? Primero, hu-
milde servidor de todos. Después, uno del
montón: uno de esos seres que, como Pe-
trilla, rueda en el mundo y va donde va
lo que sebra; lo que no sirve para nada.»

Mis artículos son un quejido arrancado á
mi alma, enamorada de la libertad, á la
que siempre he profesado inmenso culto,
por no olvidar que mi padre derramó por
ella su sangre.

En mi corazón la tengo levantado un
altar. Allí la guardo y venero; allí diaria-

mente la rindo culto con toda la fé de mi
alma; y del mismo modo que los Etruscos
guardaban el fuego sacro, así la guardo;
así diariamente enciendo ante ella la rama
del árbol sagrado.

«Hay algo más hermoso? Libertad, don
divino que nos das el derecho de conocer
lo justo y lo injusto. Manifestación con-
stante de nuestra conciencia, que nos sepa-
ra del animal y nos hace trasunto de la
Divinidad. Libertad que da rienda suelta
á nuestra imaginación, permitiendo, sin
que tercero alguno venga á interrumpir tu
vuelo, volar por esos mundos que ruedan
sobre nuestra cabeza, y contemplando su
ordenada marcha, nos permites descubrir
la armonía del universo.

«Ese amor á la libertad, ha hecho que
abandonara mi rincón para salir en tu de-
fensa á fin de que el ser humano no se
traduzca en ficción y libertadaje.»

Si mis desahogados escritos han mere-
cido la consideración de los que por ellos
se han interesado, sólo me felicito por una
cosa; por usted y por la ilustrada redac-
ción de ese periódico, en medio de la cual
no soy más que un berrón.

Ustedes todos, con su labor diaria, con
esa labor que desgasta la vida, porque
consume fósforo que es la energía del ce-
rebro; con esa labor que aniquila porque
consume el alimento del músculo, que es
el ejercicio; con esa labor, que consumen-
do todas las energías lleva sólo á un cen-
tro la vida de todos los demás del organio-
mo; ustedes, repito, son los que merecen
plácemes, no yo que nada he hecho.

Mis artículos no son míos. Son del sabio
que escribió el libro; del impresor que lo
imprimó; del fabricante de papel que hizo
la hoja; del cajista que los compuso; del
dueño de la imprenta; del librero que me
vendió el libro; del editor que compró el
manuscrito, de todos menos míos; es decir,
tous artículos han tenido por génesis la hu-
manidad entera.

Y ahora, abrazando á esa redacción, á
los dueños del periódico y á usted querido
director, saluden todos quién es su humilde
servidor.

J. M. CKUB.

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

30 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

el infierno, muevete, abre los ojos hazme oír tu voz
que tan grata me ha sido.

Diciendo esto acercó el rostro al cadáver, pero a
punto se retiró disgustado.

—Te corrompes ya, y no puedes oírme, hablaré por
tí y tu alma me oirá, ¿te acuerdas de lo que juramos
hacer cuando el sacerdote nos prohibió matar á Ju-
rand? Mantendré mi juramento aún cuando deba con-
denarme.

El viejo se levantó, cubrió el cadáver con un am-
plio manto, y se fue á la sala donde dormía el siervo,
desde Diderich aguardaba sus órdenes.

Diderich era de baja estatura, patizamba, de ros-
tro cuadrado, vestía un kiltan de pieles atado con
un cintal del que colgaba un manojo de llaves, y un
corte puñal. En la diestra, llevaba una linterna, y en
la izquierda una antorcha.

—¿Está listo?—preguntó Sigfrido.

Diderich se inclinó.

—Te ordeno poner carbón en el recipiente.

El viejo, sin decir palabra, se acercó al hogar y
como unas resaca.

—Oye, ahora, una vez dilata lo que te había
ordenado De Danfeld y te hizo arrancar la lengua;
ahora podrías explotarte por medio de la misma, pe-
ro te salvaste, qué á fines un solo signo, te mato.

Diderich, se estremeció.

29

LOS CRUZADOS

—Dí á Diderich que venga con una linterna y que
espere mi vuelta; él también que traiga carbones
encendidos. ¿Está alumbrada la capilla?

—Alrededor del ataúd arden cirios.

Sigfrido, cubriéndose con la capa, salió de la estan-
cia y entró en la capilla, donde después de ver al al-
guen espiala, cayó de rodillas junto al ataúd.

Sus labios no se movían; no oraba; tenía los ojos fi-
jos en el rostro querido de Rotgher, como si quisieran
buscar en él un halito de vida. De repente abrazó el
cadáver gritando:

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!

Con su mano amarilla y seca tocó los miembros de
Rotgher buscando la herida, hasta que halló el ste-
mendo tajo en el hombro, y palpando toda su exten-
sión, murmuró con voz doliente.

—¡Oh! ¡qué terrible golpe! ¿Y tú, infeliz, decías que
tu adversario era un niño? Toda la espalda está des-
truida, esta espalda que tantas veces ha cubierto las
armas de la Orden; ¡maldita sea el hacha que te hi-
jó así! el Señor me se ayudo porque desconfías lo in-
justo y has muerto con la mentira en los labios, sin
confesión... y quizá tu alma...»

Sus labios tambaleaban; y luego se puso con voz agi-
tada y triste:

—Sea Jesús clemente, y si tú, Rotgher, no estás en

26 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

taré á Jurand y á su hija, ó la pondré en libertad, se-
gún aconsejen la circunstancias.

Aquel pensamiento confortó el atribulado ánimo de
Sigfrido, quien pensó que verdaderamente Dios esta-
ba de su parte en tan nefasta empresa.

Recordando luego el efecto que sentía hacia Rot-
gher, tembló un momento por su vida, pero luego pen-
só que sabría vencer á su enemigo.

Pensando que Rotgher vertería sangre por la se-
alegría intimamente pensada:

—El juicio de Dios honrará la institución formulada
contra la Orden, y la justicia triunfará.

El viejo Komptat, que había dicho estas palabras
en alta voz, quedó como impresionado al oír sus ob-
ceptos.

—Rotgher lucha por defender la institución de los
templarios, que en realidad son culpables. ¿Y si ocu-
rriera una desgracia? ¡Oh! es imposible, porque Rot-
gher dice que Dios protege á los guerreros de la Cruz,
y pronto volverá vencedor.

Al tranquilizarse, el viejo se preguntó si sería
conveniente alejar á Danusia, pero se resolvió por la
negativa pensando que un estado de guerra no sería
por parte de Danusia, y que Rotgher debía ya haber
muerto.

El templario ordenó que el cadáver se pusiera en
pie de guerra esperando la vuelta de Rotgher.